



CENTRO ASTURIANO DE MADRID

Separata de la *Revista Asturias*

Nº 140. Madrid, 2 de marzo de 2015

Edita e imprime: CENTRO ASTURIANO DE MADRID ©

ISSN 2254-7614 (versión impresa) ISSN 2255-1786 (versión electrónica)

D.L. M-5971-1986 (Separata)



“ALMA RUSA, ALMA IBÉRICA”

Conferencia pronunciada por Don Anselmo Santos, en el Salón Príncipe de Asturias el 28 de enero de 2014

DESARROLLO DEL ACTO

Extraordinaria conferencia de D. Anselmo Santos, quien, tras una breve referencia a Montesquieu y Voltaire, como pioneros del concepto “alma de los pueblos”, constató las grandes diferencias de carácter entre españoles y portugueses, dos pueblos que proceden históricamente de un tronco común y comparten un mismo espacio sin barreras. Destacó, por el contrario, las curiosas coincidencias entre rusos y portugueses, que se perciben a cada paso cuando se convive con ellos. Llamó la atención, en primer lugar, sobre la “falta de cordura” de ambos pueblos. Según Gorki, para el ruso *la realidad no es una obligación ni una ley, es casi un enemigo*. Y el pensador portugués Eduardo Lourenço titula uno de sus escritos *Portugal, una mina para Freud*, y afirma con ironía *es una pena que Freud no nos haya conocido*.

Otra característica común a rusos y portugueses, según dijo el Sr. Santos, es la melancolía, que en los primeros se traduce en una tristeza casi permanente; y en los segundos, en la misteriosa *saudade*, definida por un escritor luso como *un mal del que se gusta y un bien que se padece*. La religiosidad, de raíz pagana, une también a ambos pueblos; más que pagana, es panteísta, porque sus verdaderos ídolos -la tierra, el bosque y el río- están en la Naturaleza. Por otra parte, rusos y portugueses son muy líricos, leen y aprenden de memoria versos de sus grandes poetas, mientras el español apenas lee poesía.

Unos y otros sienten -agregó D. Anselmo- un temor reverencial al poder, son muy observadores e imitadores y, al contrario que los españoles, tienen gran facilidad para el aprendizaje de idiomas. Otros rasgos comunes son el espíritu viajero y la verbosidad excesiva. Y en ambos domina el matriarcado: en Portugal, por la ausencia de los hombres, marineros sin descanso y emigrantes sin retorno; en Rusia,

por la tragedia de la Segunda Guerra Mundial, que dejó como secuela veinte millones de viudas. Como resultado, en los dos países la mujer es fuerte y el hombre inmaduro.

A la conferencia, muy aplaudida, siguió un rico aperitivo, cortesía de D. Anselmo.



Imagen del público asistente a la conferencia

PALABRAS DE DON ANSELMO SANTOS LÓPEZ

A mediados del siglo XVIII surge la idea del alma de los pueblos en las obras de dos grandes filósofos, Montesquieu y Voltaire. Pero mientras Montesquieu habla solo de un espíritu general, de un alma universal, común a toda la humanidad, Voltaire es el primero en manejar la idea de que en la vida de los pueblos funciona una especie de mentalidad compartida, de espíritu colectivo, que impregna de un modo relativamente homogéneo la vida y las acciones de las gentes que pertenecen a un país, que se sienten franceses, alemanes o japoneses. Así pues, aunque uno y otro son considerados creadores del concepto "alma de los pueblos", el verdadero pionero de esa idea fue Voltaire.

Tras ellos, una serie de pensadores han elucubrado sobre el alma de los pueblos y otros conceptos afines: temperamento, carácter, identidad, idiosincrasia, mentalidad, conciencia colectiva, espíritu o ser nacional. Entre ellos figura el conde alemán Hermann Von Keyserling, fundador de la Escuela de la Sabiduría — clausurada por los nazis —, quien publicó, en 1928, su *Análisis espectral de Europa*, un denso estudio sobre los rasgos distintivos y el estilo de vida de los nacionales de diversos países. En las primeras páginas del libro, Keyserling asegura que este es fruto de la contemplación y de la experiencia vivida. Sin embargo, la contemplación y la experiencia se reducen a cortas estancias, y al trato con la clase culta y acomodada, en los países cuyo carácter describe. Pero es que, además, a renglón seguido, él mismo se contradice cuando admite que las imágenes que dibuja de los pueblos son creaciones espontáneas de su inconsciente. El sabio alemán, que, por cierto, no oculta sus genes rusos, cae en la contradicción porque esta es inevitable en materia tan etérea como el alma de los pueblos. Su libro, no obstante, es muy interesante

Cuento esto, claro está, para justificarme ya que caigo en la misma paradoja. Por una parte, mi propósito de comparar el alma rusa con la española y la portuguesa se basa en vivencias personales y en lecturas: historia y literatura, memorias y biografías, crónicas de viajeros y periodistas. Pero no olvido lo dicho por Pessoa: "Las naciones todas son misterios. Cada una es todo el mundo a solas". Y por ello asumo que también hay ficción en mi trabajo, como hizo inconscientemente Keyserling al calificar de *espectral* el suyo. Entro en el tema con ese incierto bagaje.

Como es sabido, en abril de 1974 tuvo lugar en Portugal la llamada Revolución de los Claveles. La sorpresa de que las Fuerzas Armadas derribasen un régimen del que habían sido el principal soporte fue enorme en España. Movidio por la curiosidad, entré por primera vez en el país vecino. Por inconcebible que parezca, ya que mi ciudad natal, Salamanca, está a poco más de cien kilómetros de la frontera, no conocía Portugal. Así hemos vivido ambos pueblos, de espaldas durante siglos (de *costas*, dicen los portugueses). Luis Buñuel afirma que, para los españoles, Portugal es más lejano que la India. Y otro español dice con sorna que España y Portugal son naciones paralelas, y que las paralelas solo se encuentran en el infinito. Por ventura, las cosas han cambiado en los últimos tiempos, y casi la mitad de los turistas que recibe Portugal son españoles.

Una de mis primeras impresiones fue constatar con asombro las grandes diferencias de carácter entre dos pueblos que proceden históricamente de un tronco común y comparten un mismo espacio sin barreras: no hay frontera alguna, ni siquiera un gran río nos separa. ¿De dónde proceden esas diferencias? Escritores y viajeros españoles las han observado y descrito, pero nada dicen sobre su origen. Por pura casualidad, encontré un artículo de Ortega y Gasset, publicado

en 1909, y dedicado a un libro que había aparecido en París el mismo año: *Les ibéres*, de Edouard Philipon. Este sostiene que, allá por el siglo VII antes de Cristo, dos grandes pueblos se repartían la posesión de España: al Sur y Sudoeste, los Libio-Tartesios; en el resto, los Iberos. Los primeros eran hombres de Asia que, después de recorrer el Norte de África, entraron en nuestra tierra por Gibraltar. Los segundos eran georgianos, de pura raza aria, que invadieron la península por los Pirineos, tropezaron con los anteriores y les hicieron retroceder hasta más allá del Tajo. Según esta tesis, que Ortega ni aprueba ni refuta, solo reseña, el remoto origen de los españoles sería ario; y el de los portugueses, asiático, lo que explicaría en parte su parecido con los rusos.

Varios años después, viajé, también por vez primera a Moscú para asistir a un seminario. Trabajaba entonces en una compañía suiza, y los suizos, como es sabido, son los seres más ordenados, más sensatos y más aburridos de la tierra. Y topé de lleno con el reverso de la medalla: un pueblo imprevisible, que vive fuera del mundo, es decir, que está bastante loco. Así que decidí cambiar Suiza por Rusia y sustituir el orden agobiante, malsano y enfermizo, por el caos saludable, un medio milagroso de enriquecer la vida al llenarla de sensaciones. Entonces descubrí las curiosas coincidencias entre rusos y portugueses, que se perciben a cada paso cuando se convive con ellos. Esa impresión personal precedió al descubrimiento tardío de escritores que ya habían observado rasgos semejantes en los dos pueblos: entre ellos el historiador suizo Gonzague de Reynold, el disidente soviético Andréi Siniavski y el pensador portugués Eduardo Lourenço, a quien citaré en varias ocasiones. Este último reconoce la falta de cordura de ambos pueblos cuando dice: "A nuestra manera éramos también una pequeña Rusia, dividida entre este mundo y el otro".

Más tarde, decidí ahondar en el tema y hacer un esquema comparativo de los rasgos peculiares de rusos, españoles y portugueses: virtudes, aptitudes, defectos, hábitos, pasiones. Resumo a continuación ese trabajo.

Llama la atención, en primer lugar, **la profunda y desconcertante dualidad del pueblo ruso**, su pasmosa facultad de desdoblamiento, que da lugar a bruscos cambios de carácter, como si estuviera dominado por fuerzas antagónicas. Unas veces, el ruso es encantador, educado, vitalista, burlón, ingenioso; otras, grosero, insoportable, taciturno, sombrío, ensimismado. Es una misteriosa condición que aparece repetidamente en los personajes de la novela rusa: el bien y el mal, la compasión y la crueldad, las mejores cualidades y los peores vicios se entrecruzan y salen a la luz al mismo tiempo. Ese desdoblamiento súbito apenas se da en el español, pero sí se observa en el portugués, cuyo estado de ánimo cambia también con frecuencia. Como dice un escritor luso, "tiene intermitencias de abatimiento y entusiasmo, de fe y desánimo, de creencia y desesperanza".

El alma desdoblada lleva a especular sobre la realidad usando la fantasía, que es el rasgo *rusoluso* más ajeno al español: incluso el gallego, tan cercano a Portugal, tiene los pies firmemente asentados en el suelo. Es innegable el realismo español, nuestra continua vivencia de lo inmediato y tangible. Por el contrario, el portugués Oliveira Martins habla de la "intrínseca locura de su pueblo, en el que hay algo de vago y fugitivo, que contrasta con la terminante afirmación del castellano". Eduardo Lourenço titula uno de sus escritos *Portugal, una mina para Freud*; y dice con ironía: "Es una pena que Freud no nos haya conocido".

La falta de cordura es también una de las principales características del pueblo ruso. Para él, según Gorki, "la realidad no es una obligación ni una ley, es casi un enemigo". La razón rara vez se impone sobre la quimera: si la idea no coincide con la realidad, esta es la rechazada. Y el pensador ruso Nikolái Berdiáiev dice que "ese espejismo es infinito e invencible, y que el alma rusa puede compararse con la propia tierra: ilimitada y privada de estructura". Quizá por ello los locos en Rusia son llamados ingenuos o inocentes y, venerados como santos; gracias a su demencia, son puros y transparentes, trascienden lo visible, viven venturosamente fuera del mundo.

No tendría sentido enumerar aquí los escritores rusos y portugueses que han aludido al carácter inestable y a la irracionalidad de ambos pueblos, empleando incluso, en más de un caso, expresiones similares: entre los primeros, uno dice que el ruso "desconfía de la razón como fuente de conocimiento"; entre los segundos, otro afirma que el portugués "huye de la razón como vía de conocimiento". Y podría referirse perfectamente al pueblo ruso gran parte de lo que han dicho sobre el suyo distintos pensadores portugueses. Uno de ellos afirma:

Portugal es un país de superestructura quimérica; vive fuera del mundo y hace de ese estar fuera del mundo la esencia misma de la realidad; es la nación europea más dada a los sentimientos extravagantes; un gran asilo de locos, manicomio inverosímil de agitados. El portugués tiene un alma laberíntica y compleja, una segunda naturaleza enigmática y perturbada; vive en exilio interior, ausente de sí mismo, ausente, por tanto, de su propia realidad, que confunde con sus sueños; el portugués está escindido mentalmente, tiende a la locura, a la fantasía y a lo irracional.

Realmente, parece que está hablando de los rusos, no de los portugueses. Es un juicio compartido por Cervantes, quien, en *La Tía Fingida*, retrata con sorna a los estudiantes forasteros de la Universidad de Salamanca: andaluces, extremeños, vizcaínos, catalanes, valencianos, etc. Y dice de los portugueses: "es cosa larga de pintarse sus condiciones y propiedades, porque son gente [alterada] de cerebro, cada loco con su tema". En pocas palabras, no puede quedar más claro.

Uno de los rasgos psicológicos más acusados del pueblo ruso es su **persistente melancolía**. Los poetas reflejan la presencia constante de esa dolorosa condición. Se preguntan por qué Rusia está siempre colmada de tristeza, en su cielo, en las calles vacías de las aldeas, en el gesto de una mujer al mirarse las manos. Serguéi Yesenin y Alexandr Block, dos de los más grandes poetas rusos de todos los tiempos, se han hecho eco de esa congoja colectiva. Yesenin canta "la melancolía siempre atormentada del campo ruso". Y Block dice: "Nuestro camino es la tristeza infinita, tu tristeza, oh Rusia".

Ese estado de ánimo es también innato en el pueblo portugués. Para Unamuno, incluso es triste su literatura cómica y jocosa. Y Ramón Gómez de la Serna, que vivió largas temporadas en Portugal, observa la melancolía y la tristeza en la calle, en los tranvías, en las gentes que miran desde los balcones. Esa melancolía, la llamada *saudade*, no tiene nada que ver con la morriña por mucho que lo parezca. La *saudade* es un sentimiento más complejo, difícilmente explicable, aunque, desde Camoens a Pessoa, tenga una presencia obsesiva en la literatura portuguesa. Uno de los libros de Eduardo Lourenço se titula *El Laberinto de la Saudade*, título que expresa la dificultad de comprenderla. Palabra intraducible, sin equivalente en otras lenguas, en la *saudade* se mezclan la tristeza, la nostalgia y el anhelo, lleno de dulzura, de que

algún goce vivido reaparezca. Quien tiene *saudade*, dice un escritor, la tiene de alguna cosa: "en ella se da siempre la conciencia de algo ausente cuya presencia se desea; es un mal del que se gusta y un bien que se padece". Un poeta sugiere que el efecto producido por ella es "un regreso al Paraíso ya que transmuta la pérdida que se sufre en victoria del sueño". Y otro la define como "un gusto amargo del bien pasado". Esa mezcla de sufrimiento, placer y ternura, ligada al pasado y al futuro, es la singularidad máxima del alma portuguesa. Su más popular expresión está en el melancólico fado, palabra que viene de *fatum*, el destino insoslayable y agridulce que se sueña en la *saudade*.

A raíz de la Revolución de Octubre, millares de personas abandonaron Rusia por miedo a los bolcheviques y se instalaron en París, Berlín y otros lugares. Escribieron novelas, poesías, editaron periódicos; y se diría que en algunos fragmentos de esa literatura rusa de la emigración aparece la mística *saudade*. En ellos subyace ese mismo sentimiento desdoblado: lamento amargo de la dicha perdida, del goce inigualable de vivir en la patria; añoranza del paisaje, de la aldea, del aire puro y de las gentes; orgullo por los logros y la grandeza del país aun siendo debidos al odiado régimen soviético, culpable de su amargo exilio; esperanza infundada en el regreso. En general, no es una melancolía destructiva ni deprimente, ya que rusos y portugueses sufren y sueñan al mismo tiempo.

El español, por el contrario, permanece en el presente, es poco contemplativo, nada reflexivo, dado su escaso amor a la quietud y al sosiego. "Calle, calle quiero, que en casa me muero", dice un refrán castellano. Julián Marías, discípulo de Ortega, sostiene que la vida española tiene un plus de vitalidad, de temperatura, de incentivo, vivimos intensamente la vida; y llega a una expresiva conclusión: habrá pueblos que vivan *mejor*, ningún otro en el mundo vive *más*. Y el viejo

cantante austriaco Louie Austen, entrevistado durante su estancia en España hace unos años, afirma que los españoles no necesitan psiquiatra porque siempre están haciendo cosas. Nos queda poco tiempo para ensueños y melancolías.

Otro tema sugerente es el de **Dios, la religión y la muerte**. Es sabido que, a finales del siglo X, Vladímir, Gran Príncipe de Kiev, introdujo el cristianismo en su inmenso Estado como elemento unificador de las diversas tribus que lo integraban. La espectacular liturgia bizantina casaba a la perfección con la naturaleza impresionable del pueblo, que no renunció a sus viejos ídolos por la llegada de los santos nuevos. La Iglesia Ortodoxa asumió sin reservas esa doble fe y se adaptó de inmediato a las supersticiones paganas. Sus actos litúrgicos siempre han parecido destinados a embaucar al auditorio; y ese encantamiento estético sigue siendo, hasta hoy día, el fruto máximo que la Iglesia derrama sobre sus fieles. Incluso los no creyentes se sienten fascinados por esa liturgia fastuosa, llena de ritos teatrales y de símbolos mágicos. Y es que el pueblo ruso, cristianizado formalmente hace mil años, no recibió realmente la influencia civilizadora de Roma y nunca dejó de ser pagano; más bien, es panteísta, porque sus verdaderos ídolos— la tierra, el bosque y el río —están en la Naturaleza.

La gran paradoja es que ese pueblo supersticioso y pagano sea más religioso y espiritual que cualquier otro pueblo cristiano. Siempre ha estado imbuido del sentido del misterio, del enigma del ser y de la vida, extraña y mística condición que aparece constantemente en sus personajes literarios. Ortega y Gasset afirma que "el ruso tiene una peculiar sensibilidad cósmica y religiosa, lo que revela la filiación asiática del mundo eslavo". Y varios escritores rusos han aludido a ese intenso sentimiento: sostienen que el problema de Dios ha atormentado siempre a su pueblo; que Rusia es la tierra de quienes buscan a Dios, y que esa misión imposible, la más desgraciada de la

historia, inunda a su pueblo de congoja.

Es sorprendente la coincidencia entre esas ideas y las de quienes han observado la espiritualidad del portugués. Unamuno parece referirse al alma rusa cuando dice que en la portuguesa "hay latente una cierta religiosidad pagana, ligada a la Naturaleza". Y muchos poetas portugueses han expresado su visión, tan angustiosa como la rusa, de la divinidad: "Dios es la ausencia infinita"; "Dios es pura esencia de las lágrimas que lloro". Según uno de ellos, el modo de ser religioso de su pueblo procede de sus sentimientos de nostalgia, tristeza y ternura. Eduardo Lourenço resalta que el Cristo portugués tiene otra expresión que el español, es menos duro y trágico, está lleno de enternecedora humanidad. Y otro escritor dice casi lo mismo de un modo más poético: imagina a Cristo clavado en un madero en flor que tiene sus raíces en las profundidades de la tierra. Y otro llega aún más lejos: Cristo, al amanecer, desciende de la cruz, se une a los campesinos y, como uno más, les ayuda en sus labores, canta y baila con ellos; y cuando estos, a la caída del sol, vuelven a la aldea, Cristo regresa a la cruz y permanece en ella durante la noche. Y es que, efectivamente, en el arte portugués no se ven los Cristos lívidos y torturados de España; la sensibilidad portuguesa no soporta esa visión trágica y dolorosa.

En el español, ciertamente, predomina una religiosidad tétrica y macabra, que refleja su dureza de carácter: nuestros mejores pintores nunca han representado a Cristo con lirismo, sino quebrado por el dolor en su agonía. Sin embargo, por contradictorio que parezca, apenas nos conmueve esa remota y mítica tragedia ya que nos afecta ante todo la inmediata realidad. Es muy ilustrativa de lo dicho, la siguiente cita de Ortega y Gasset:

El hombre español se caracteriza por su antipatía hacia lo trascendente; es un materialista extremo [...] ama las cosas en su rudeza material, en su miseria y sordidez, no como símbolo de valores

superiores. Cuando Murillo pinta junto a la Sagrada Familia un puchero, diríase que prefiere la grosera realidad de este a toda la corte celestial; sin espiritualizarlo, lo mete en el cielo con su olor mezquino de olla recalentada y grasienta.

En cuanto a la muerte, rusos y españoles la perciben con cierta indiferencia, sin la perenne angustia de los portugueses. En el Hall de la Tristeza del Museo de la Victoria, en la Avenida Kutuzovski de Moscú, hay una emotiva escultura. Se trata de una Piedad laica, en la que no la Virgen, sino una sencilla mujer contempla a un muerto tendido en su regazo. Madre o esposa, tanto da, su rostro expresa a la vez la tristeza contenida, la fortaleza anímica y la conformidad con el destino. Los encontrados sentimientos que el escultor fue capaz de plasmar en esa maravillosa figura aparecen también en otras artes. En la pintura soviética sobre la contienda civil y la guerra mundial, llena de humanidad y realismo, impresionan los rostros de los personajes por su dignidad y su serena aceptación del sufrimiento. Ese fatalismo no está reñido con la memoria: el ruso nunca olvida a sus muertos.

El español sufre menos y olvida pronto, porque la vida sigue y a ella vuelve los ojos velozmente. Olvida incluso su propia muerte, no le obsesiona como una pesadumbre. Laín Entralgo resalta la presencia de la muerte en las manifestaciones del genio español y afirma que "vivimos sin que la muerte sea un estorbo". Incluso nuestros refranes no la toman en serio. Un amigo que iba a casarse con una joven viuda recibió de un compañero un telegrama de felicitación con bastante mala uva: "No te pases. Recuerda el proverbio: caída, casamiento y catarro mandan al viejo a comer barro", es decir, al cementerio. La profecía se cumplió a los pocos meses: mi amigo se fue rápidamente al otro mundo. Mi abuela, una mujer muy leída que murió centenaria, decía, parodiando a Ortega, que los españoles somos *los bufones de la trascendencia*. Por cierto, en las últimas navidades que vivió, envió a sus nietos una felicitación en la que, con su letra temblorosa, decía;

"Querido nieto: Con mis últimos ahorros he comprado una tumba para tres cuerpos en el cementerio de San Justo y Pastor. Por supuesto, puedes utilizarla si la necesitas antes que yo. Felices Pascuas y buen Año Nuevo".

El portugués sí que sufre obsesionado por lo efímero de la existencia. Sea cual sea su origen ancestral, le viene como anillo al dedo la observación de Tito Livio de que el celtíbero era el único pueblo que vestía de negro y adoraba la muerte. Un escritor gallego dice con sorna que "para el portugués, que nunca estuvo muy vivo ya que nació un poco muerto, morir es acabar de morir". Camoens y otros poetas portugueses se han referido a esa angustiosa condición: "la muerte nunca estuvo lejos, la llevamos pegada a la espalda"; "muriendo estoy en la vida y en la muerte vivo"; "cuando nacemos, en todas las horas y momentos que vivimos, también morimos". Para rusos y españoles, esa larga agonía anticipada es incomprensible. Una cosa es preguntarse por el enigma de la vida, y otra muy distinta es pasar la vida entera moribundo.

La fantasía onírica, la espiritualidad y la melancolía son otras tantas raíces del **intenso lirismo** de rusos y portugueses. El ruso ama la poesía porque él mismo es profundamente poético. Los grandes escritores rusos de todos los tiempos son poetas y despiertan en el pueblo un auténtico fervor religioso que deja perplejo al extranjero. En ninguna otra nación se lee tanta poesía ni esta es tan importante para la vida del pueblo. Aunque las cosas han cambiado mucho en los últimos tiempos por la ola de materialismo que todo lo invade, el ruso suele conocer desde la infancia a sus grandes poetas y declama con veneración sus versos. El amor por Pushkin, cuya primacía entre los poetas nadie discute, es tan intenso que hasta las gentes menos cultivadas repiten de memoria estrofas de sus obras en cualquier momento; y muchos críos conocen y repiten algunos de sus versos antes de saber leer. En 1999, para celebrar el segundo centenario de su

nacimiento, las ciudades rusas estaban cubiertas con imágenes del poeta situadas en plazas y esquinas. Y era frecuente que los viandantes de toda edad y condición, incluso mendigos, se detuvieran ante ellas, depositaran al pie una flor y recitasen fragmentos de sus poemas con tal unción que bien podían tomarse por oraciones a un santo.

El portugués también es muy poético. Un escritor afirma que el pueblo luso es lírico, mientras el español es épico. También se ha dicho que, a falta de grandes pensadores, la filosofía portuguesa tiene su máxima expresión en los poetas; y la gran escritora Agustina Bessa Luis, entrevistada por César Antonio Molina, exdirector del Instituto Cervantes y gran conocedor de la cultura portuguesa, dice que, como siempre, ayer y hoy, Portugal cuenta con mejores poetas que narradores. El mismo Molina, en su libro *Sobre el iberismo*, reproduce un artículo de un ensayista francés, publicado en 1931, y titulado *Defensa e ilustración de la poesía portuguesa*. Varias de sus frases podrían aplicarse perfectamente al pueblo ruso:

Trovadores provenzales sembraron, en tiempos de los primeros soberanos borgoñones, los gérmenes de una pasión que los siglos tornaron en fiebre... el lirismo. [...] De ahí, la importancia predominante, casi abrumadora, alcanzada por la poesía en la literatura de este pueblo. [...] Los propios portugueses suelen decir con humor que, en su país, toda la gente nace necesariamente poeta [...]. Lo cierto es que existe un rincón escondido de Europa donde toda la literatura está consagrada a la poesía. [...] Esta tierra poética es cruel para los poetas, que ahí se suicidan más que en cualquier otra parte.

Llama la atención en Portugal que gentes de escasa cultura conozcan páginas enteras de *Os Lusíadas*, la obra cumbre de Camoens. Y asombra que una nación caída — dice el propio Camoens — "en la rudeza de una austera, apagada y vil tristeza" haya basado sus sueños en la pura quimera; ya que proceden, según Eduardo Lourenço, "de

una fábula mitológica que ha hecho perder al país, siglo tras siglo, el sentido de las realidades". Pushkin expresa los más profundos sentimientos de su pueblo. Camoens, en cambio, alimenta una fe infundada, semítica, hebrea, en el destino trascendente de Portugal. Por ello se ha dicho que *Os Lusíadas* es el Libro Sagrado, la Biblia portuguesa.

En cuanto al español, siempre apresurado, nada melancólico ni lírico, lee poco, y mucho menos, poesía. De ello dan fe tanto poetas como editores. En cualquier biblioteca familiar, son raros, si es que hay alguno, los libros de poesía.

¿Son crueles los rusos? "Mitad bárbaros y mitad santos"— dice un escritor —, en sus explosiones de violencia, cuando en ellos domina el furor, son feroces y despiadados. En la guerra civil posterior a la Revolución de Octubre millones de hombres fueron salvajemente exterminados. "Esta tierra rusa cuánto ama la sangre", escribe Anna Ajmátova, la gran poetisa rusa; lo que, sin embargo, se contradice con el hecho contrastado de que el pueblo ruso es generalmente bondadoso y compasivo. Cuando las tropas soviéticas entraron en Prusia, Ilya Ehrenburg, el más célebre periodista soviético, cuyas apasionantes memorias se publicaron en España en 2014, escribió sus atroces proclamas, condenadas, por cierto, en *Pravda*, el periódico del gobierno, por orden directa de Stalin:

¡Soldados del Ejército Rojo! ¡Estamos ahora en suelo alemán! ¡Sonó la hora de la venganza! Alemania es una arpía, una prostituta. Allí estamos ahora. Un viento helado barre las calles de Berlín. No es viento, es pavor que los impele, a ellos y a sus hembras, a huir hacia el oeste. ¡La hora de la venganza ha sonado!

No habla expresamente de violar, pero se sobreentiende, y así lo interpretan los soldados. Y son principalmente los kazajos, los

uzbekos y demás asiáticos del Ejército Rojo quienes se ensañan con las mujeres alemanas. Porque el ruso, incluso lleno de odio por haber vivido de cerca —en su familia, en su aldea, en otros territorios liberados— el horror de la ocupación nazi, raramente forzaba a una mujer sin estar borracho. Es cierto que lo estaba casi siempre, festejando la victoria, pero existen testimonios de jóvenes alemanas que reconocen haber sido protegidas por los propios rusos de la brutalidad de sus camaradas y haber visto llorar avergonzados a los soldados que acababan de violarlas.

El español sí que ama la sangre, quizá, como sugiere Keyserling, porque tiene hambre de vivir, porque ama intensamente la vida, de la cual, según él, la sangre es el símbolo más inmediato. Al español "le bulle la sangre", expresión que equivale a tener entusiasmo y brío, es decir, a tener vida. Así pues, el amor a la vida y el amor a la sangre se dan la mano. ¿Es cruel el español? Cuando le ciega la ira, es tan feroz y despiadado como el ruso; basta recordar nuestra atroz guerra civil, en la que uno y otro bando sembraron el espanto. Sin embargo, aunque los dos pueblos reaccionan con idéntico salvajismo en tiempos de violencia, el ruso parece comúnmente más humano que el español. Este, según un escritor portugués, "desconoce el lenguaje blando del corazón ya que es cruel incluso con los animales". Muchos padres españoles tienen la bárbara costumbre, doblemente bárbara ya que está autorizada por la ley, de acudir a las corridas con sus niños, que así se habitúan a ver correr la sangre con indiferencia durante el largo martirio del toro. Esa insensibilidad infantil horroriza a los turistas rusos que tienen ocasión de percibirla. Porque el pueblo ruso no solo es compasivo con los animales, los adora. Asombra, por ejemplo, el amor generalizado a los perros, que incluso en hogares muy modestos parecen miembros privilegiados de la familia.

En cuanto al portugués, además de sentimental y compasivo, es muy

apacible, lo que explica que en la historia portuguesa no haya grandes rupturas ni crueldades. Prueba de ello es la incruenta Revolución de los Claveles, que pretendía cambiar el mundo sin recurrir a la violencia. Sus protagonistas, los militares y las masas, fueron intérpretes de un espectáculo surrealista que comenzó de modo sublime: con los tanques de los insurrectos parando cívicamente ante los semáforos en rojo cuando entraban en Lisboa al amanecer para derribar la dictadura. La única revolución romántica de la Historia estuvo llena de otras escenas insólitas: la imagen lírica de los fusiles portando flores; y la muerte fortuita de un único soldado que dormía tranquilamente en su litera, al que alcanzó una bala perdida que entró por la ventana cuando los partidarios de Spínola, en el fallido golpe contrarrevolucionario de marzo de 1975, pretendían ocupar su cuartel de un modo iluso: disparando al aire. Se ha dicho del portugués que tiene "un carácter amoroso que le incita a hacer del corazón la medida de todas las cosas". Según el filósofo Francisco da Cunha, la sentencia cartesiana "pienso, luego existo" no afecta al portugués; y sí, en cambio, "siento, luego existo" y, más aún, "amo, luego existo". Cuando a Portugal le llegó su Termidor, en noviembre de 1975, con el golpe de Estado del entonces teniente coronel Eanes, futuro presidente de la República, pocos líderes revolucionarios pisaron la cárcel y ni uno solo fue físicamente agredido. En Portugal el toro no muere en la plaza.

Claro está, usan otros modos para expresar su encono. Tuve ocasión de conocer a gran parte de los líderes revolucionarios, y uno de mis grandes amigos fue el general Vasco Gonçalves, primer ministro durante el periodo álgido de la revolución y responsable directo de la nacionalización de la banca y de cientos de compañías portuguesas. Yo le decía que, cuando fue derribado del poder, si hubiese sido español, algún exaltado de la extrema derecha le hubiera pegado dos tiros. "Aquí también pasan cosas", respondió. Y me contó que iba un

día por la zona norte de Lisboa y vio en la acera de enfrente a un señor bien trajeado que se quitaba el sombrero y le hacía una leve reverencia. Extrañado de que en aquel barrio residencial hubiese un partidario suyo, se detuvo. El señor cruzó la calle con el sombrero en la mano y le saludó respetuosamente: "Bon día, señor general, usted es un hijo de puta". Se puso el sombrero y siguió su camino.

Rusos y portugueses sienten **un temor reverencial ante el poder**. No cuestionan a quienes les mandan y en general son sumisos y aceptan sin rechistar todas las órdenes. Además, poseen gran espíritu solidario y son muy gregarios. A diferencia de los españoles, no tienen problemas de identidad nacional y están profundamente inmersos en la colectividad, lo que fomenta la cohesión social. Se ha dicho que la actitud de los rusos frente a la autoridad deriva de la antigua práctica de inmovilizarlos con fajas cuando son bebés; y que ello determina su percepción posterior de la represión y del poder. En cuanto al pueblo portugués, Fernando Pessoa, individual y excéntrico debido en parte a su educación británica, afirma que lo que le caracteriza es el gusto malsano del orden; y dice: "tan reglada, regular y organizada es la vida social portuguesa que más parece que somos un ejército que una nación con existencias individuales; [...] el portugués actúa siempre en grupo, siente siempre en grupo, piensa siempre en grupo y está siempre a la espera de los otros para todo".

Los españoles, por el contrario, tienden a la rebeldía y la insubordinación, no respetan códigos ni leyes y solo se someten cuando no tienen opción. Individualistas, intolerantes y con escasísimo amor al prójimo, son poco partidarios de pertenecer a colectivos: su yo les impide integrarse solidariamente en un grupo. Angel Ganivet, en su *Idearium español*, señala como principal característica de nuestro temperamento el individualismo; resalta el "crónico cainismo" de los españoles, y dice que padecemos delirio de contacto y que "nuestra nación es una jaula de locos rarísimos atacados de una manía extraña... la de no poder sufrirse los unos a los

otros". Una organización ejemplar como los *Bombeiros Voluntarios* de Portugal, que llega hasta la última aldea del país, y en la que la gran mayoría de los vecinos participan, sería inconcebible en España.

El ruso es muy observador, imita con facilidad y tiene innatas aptitudes artísticas. Esas cualidades, unidas a la perseverancia y la firmeza, explican sus grandes éxitos, difícilmente superables, en las más variadas disciplinas: gimnasia, patinaje, acrobacia, ballet. No se sabe qué admirar más en este último: si la pericia del coreógrafo para lograr que un centenar de bailarines actúen sin un fallo, de modo preciso y coordinado; o el tiempo infinito que unos y otros han de dedicar para alcanzar tal maestría en lo que hacen. Ese afán perfeccionista se complementa con otras dos extraordinarias cualidades: su excepcional memoria y su magnífico oído musical. Gracias a ellas, los rusos, y la mayoría de los eslavos, gozan de una aptitud envidiable para aprender rápidamente idiomas y hablarlos con acento impecable.

Los portugueses también son buenos actores e imitadores, tienen excelente oído musical y aprenden sin dificultad otras lenguas. Keyserling dijo que, entre los pueblos que conocía, el portugués era el que hablaba mayor número de idiomas. Aunque esa afirmación tenga muchos años y quede circunscrita a la sociedad culta con la que el escritor convivía; y aunque las cosas hayan cambiado en las últimas décadas, y nuestros jóvenes hablen generalmente inglés, la diferencia en esa cuestión entre Portugal y España sigue siendo abismal. Esa diferencia es más llamativa en la clase política, muy superior a la española en el conocimiento de idiomas. Basta comparar a Durao Barroso o a Mario Soares con cualquiera de nuestros líderes.

Y es que nuestro oído musical tiene grandes limitaciones, no capta las variadas notas de otras lenguas. En una sola palabra portuguesa que contenga tres *as* puede darse que cada una de ellas se pronuncie de modo diferente. El español pronuncia igual la *be* y la *uve*, la *jota* y la *ge*,

y nuestras palabras suenan rotundas, sin modulación alguna. A ello se une nuestra inconstancia para lo que es monótono y exige esfuerzos cotidianos; por ejemplo, hacer unas flexiones diarias para mantenernos en forma. Una dama francesa conserva bien su cutis hasta edad avanzada porque lo cuida desde la juventud: cuando menos, lo limpia y lo hidrata cada noche. En cambio, los cuartos de baño españoles están repletos de cosméticos carísimos, que sólo se usan en contadas ocasiones. Por eso se ha dicho con ironía que el español es tan perseverante en sus propósitos que se pasa la vida *empezando* a estudiar inglés.

Hay otras facetas comunes a rusos y portugueses. Ambos pueblos comparten **el espíritu viajero**, que tiene probablemente raíz antropológica. La secular atracción rusa por su espacio infinito es idéntica a la fascinación del portugués por el mar ilimitado. El papel del mar en la historia es innegable: su llamada a la fantasía, a descubrir lo lejano y desconocido, está en la génesis de las civilizaciones. Pero en Portugal el mito acentúa la intensidad de esa llamada; para Camoens, su país está colocado por los hados ante el océano misterioso, que es su destino y su desafío. De modo parecido, escritores rusos han comparado la pulsión nómada de su pueblo con la tormenta de nieve, que surge inesperada y violenta, y convierte la estepa en el lugar sagrado de lo errático y transitorio; para Tolstói, la estepa y la tormenta revelan la profecía del espacio ruso, lleno de oculta energía.

Nada parecido se da en nuestro país: el español no ha tenido, hasta bien entrado el siglo XX, interés alguno por el mundo ni inquietud por conocer otros países. Menéndez Pidal decía que esa carencia de espíritu viajero era una grave limitación; y citaba a la escritora Emilia Pardo Bazán, quien sugería con sorna que debería imponerse a todos los españoles responsables una salida anual del país.

El amor por la naturaleza. Igual que los rusos, los portugueses adoran la naturaleza, la sienten como si vivieran en comunión con ella. Ese amor se expresa en las canciones populares y en las obras de poetas y narradores: "La tierra portuguesa es un panorama inolvidable, el resto es solo amargura"; "Solitario pinar desolado ¿qué es lo que sientes?"; "No lloro solo: lloran los prados, los valles, los ríos, los manantiales"; "Oigo la respiración de los montes adormecidos". Por el contrario, es proverbial la indiferencia del español por la naturaleza. El paisaje es escaso en nuestra literatura: rara vez aparece en el *Quijote*, por ejemplo. Lo mismo puede decirse de nuestra pintura, en la que, salvo excepciones, el paisaje cuenta poco. Según Salvador de Madariaga, nuestra pintura es, ante todo, una admirable galería de retratos. Entre las excepciones están nuestros grandes paisajistas de Cataluña y Valencia, como Sorolla y Rusiñol. Y otra excepción notable, es Velázquez, de origen luso por su padre, a quien un escritor llama "el pintor portugués Velásques da Silva".

En cualquier caso, respecto al paisaje, nuestra pintura no es comparable con la portuguesa. Una de las ponencias de las Jornadas de Cultura Hispano-Portuguesa, celebradas en Madrid en diciembre de 1994, está dedicada a la pintura portuguesa y su relación con el arte español. Frente a la aridez de nuestra pintura sacra, se analizan decenas de obras portuguesas en las que prima el paisaje. La atmósfera transparente, el arbolado, los montes, las rocas escarpadas, las caídas de agua, las escenas marinas envuelven a las figuras de Cristo, la Virgen o los Santos.

La verbosidad excesiva es otro curioso rasgo común a rusos y portugueses. Según Gorki, no hay lugar en el mundo donde la gente hable tanto, tan incoherentemente y tan en vano como en Rusia. Lo mismo ocurre en Portugal: todos se enrollan sin motivo y nunca

terminan. Incluso su literatura está llena de largos monólogos, lo que explica, según Lourenço, su carencia en materia teatral. En cambio, gracias a la verborrea, las discusiones violentas pierden fuelle de puro agotamiento.

El matriarcado, por último, aunque tiene raíces diferentes, es muy profundo y produce en los dos pueblos idénticos efectos: la mujer es fuerte, y el varón, débil. El hombre ruso, mimado desde la infancia por la abuela y por la madre, y más tarde por su pareja, parece siempre, por muy grandullón que sea, un chiquillo consentido y egoísta, irresponsable e inmaduro. En palabras de Andréi Siniavski, "un niño dotado, pero solo un niño que tiene necesidad de ser educado y dirigido".

En cuanto al portugués, para quien su patria es realmente una *mátria* — palabra ideada por el genial jesuita Antonio Vieira, poco conocido fuera de Portugal —, los propios pensadores del país lo definen como un ser siempre adolescente, de carácter en esencia femenino y con gran tendencia al machismo. "El machista — añade uno de ellos — es un adulto por fuera y un niño por dentro, dada la inmadurez psicológica que le caracteriza".

Como me siento medio ruso y medio portugués, hago un quiebro mental, dejo el tema aquí tratado y termino con una parábola. El historiador inglés Arnold Toynbee imagina a San Pablo surcando los mares para difundir la fe sobre una carabela portuguesa y un galeón español; y habla del servicio sin par prestado a la civilización por los pioneros ibéricos. Seguramente no cayó en la cuenta de la primera coincidencia, realmente mágica, entre rusos y portugueses. En 1499, justo el año en que Vasco de Gama regresaba de su primer viaje a la

India, que abrió a Occidente las puertas de Asia, exploradores rusos cruzaban por primera vez los Urales, en trineos arrastrados por perros, y se adentraban en aquel mismo continente asiático por el norte helado, silencioso y vacío. Por otra parte, Rusia ha salvado a Europa de hordas diversas en tantas ocasiones que merece de sobra pertenecer a ella. En *Os Lusíadas*, la epopeya nacional portuguesa, Melinde es un puerto de paz, a cuyo rey bien podría hoy decir Vasco de Gama: "Vengo, Señor, de la dulce Lusitania, de la noble Hispania, de la heroica Rusia y de la gran Europa por hacer".